

# K A M C H A T K A

## REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

---

### RESEÑAS DE LIBROS DE ANÁLISIS CULTURAL 20 (2022)

---

- Ex ESMA: Políticas de memoria en el ex centro clandestino de detención (2004-2015)*, de Florencia Larralde, 2022 416-418  
Teresa Basile
- Hoy las barricadas. Crónicas de la revolución española, 1933-1937.* de Anita Brenner, Eduardo San José (ed.) 2021 419-422  
Ángel Esteban
- La voz de las sin voz. El movimiento de radios libres entre la Transición y la época socialista (1976-1989)*, de José Emilio Pérez Martínez, 2022 423-425  
Fernán del Val Ripollés
- Vidas excitadas. Sensorialidad y capitalismo en la cultura moderna*, de Sonsoles Hernández Barbosa, 2022 426-432  
Beatriz Sánchez Santidrián
- El monstruo como máquina de guerra*, de Mabel Moraña, 2017 433-437  
Silvia Tévar Garcilópez
- Rojas las manos. Mujeres trabajadoras en la narrativa española contemporánea*, de Cristina Somolinos, 2022 438-440  
Amélie Florenchie
- Humanimales. Abrir las fronteras de lo humano* de Marta Segarra, 2022 441-447  
Betlem Pallardó Azorín

LARRALDE ARMAS, Florencia  
(2022).

## EX-ESMA: Políticas de memoria en el ex centro clandestino de detención (2004-2015)

Madrid: La Oveja Roja  
Colección Kamchatka

Una reseña de:

TERESA BASILE

Universidad Nacional de la Plata,  
Argentina

terebasile@yahoo.com

Sobre la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), uno de los mayores centros clandestinos de detención, tortura y exterminio de Argentina (CCDTyE), situado en el centro de la ciudad de Buenos Aires y convertido en todo un emblema nacional del terrorismo de Estado de la última dictadura (1976-1983), se ha escrito en abundancia desde las ciencias sociales, la historia reciente, los estudios sobre memoria, considerando diversos aspectos que van desde su funcionamiento como maquinaria del poder concentracionario y desaparecedor hasta su constitución en sitio de memoria. Convertida en 2004 en *Espacio para la Memoria y para la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos* alberga a distintas instituciones públicas, organismos de derechos humanos y asociaciones de la sociedad civil, de nivel local, regional e internacional. Allí se encuentra, entre otros espacios, el *Museo Sitio de Memoria ESMA* donde funcionaba el Casino de Oficiales que supo alojar a los detenidos desaparecidos. En este marco, la primera particularidad del trabajo de Florencia Larralde Armas consiste en analizar no las intervenciones museográficas en el interior de los edificios sino el predio, el entorno, lo que rodea por fuera las edificaciones, lo que sucede al aire libre, en el terreno público y común. Desde este foco, la autora aborda diversas cuestiones tales como las que enumeramos a continuación. Lleva a cabo un recorrido histórico de la ESMA iniciado con su creación como escuela para la formación técnica y militar de los suboficiales desde 1928, luego convertida en centro clandestino durante la dictadura, más tarde pensada como “símbolo de unión nacional” en un proyecto, finalmente abortado, de reconciliación y olvido (1998) elaborado por el Presidente Carlos Menem que implicaba su demolición, y posteriormente como si-

tio para el desarrollo de la memoria y los derechos humanos fundado por el Presidente Néstor Kirchner en 2004. Larralde Armas revisa en detalle el momento de institucionalización de la Ex ESMA como espacio para la memoria, con los actores, instituciones y organismos que intervinieron, los proyectos que se presentaron y los debates sobre las políticas de la memoria que se implementarían. Interroga, además, las actividades, prácticas artísticas y políticas, las instalaciones que se organizaron en el predio por parte de diversos organismos y actores, y las fuertes polémicas que desataron la diversidad de modos de entender y vehiculizar las políticas de la memoria. Analiza las múltiples funciones que estas prácticas procuran encarar: los homenajes a las víctimas y rituales de duelo para los familiares, la transmisión a las nuevas generaciones así como su formación y educación en los valores de memoria, verdad y justicia, la promoción de los derechos humanos y la creación de una “memoria cultural”, la revinculación con violaciones a los derechos humanos ocurridas en el presente e incluso en otros países de América Latina como el caso mexicano de Ayotzinapa, la activación de la militancia en las nuevas generaciones jóvenes, entre otros objetivos.

La autora hilvana, a partir de estas perspectivas, algunas propuestas y formas de lectura que implican un novedoso aporte para pensar las prácticas memoriales en los denominados “sitios auténticos”, aquellos donde se ejerció el terrorismo de estado. Elijo algunos puntos que me resultaron altamente productivos. Elabora la categoría de “memoria descentrada” para dar cuenta de los cruces entre diversos modos de interrogar, abordar y narrar el pasado por parte de diversos actores, para mostrar las tensiones entre memorias que se opo-

nen, entran en conflicto, multiplican los sentidos y varían las dinámicas, para describir los encuentros y desencuentros entre memorias hegemónicas, subterráneas, literales, ejemplares y silenciadas, dando lugar a un movimiento continuo y abierto a nuevas articulaciones. A su vez el concepto de “dispositivo de mediación cultural” le sirve para comprender esta multiplicidad y heterogeneidad de acciones, puntos de vista y actores ya que nos indica aquello que es posible ver, lo que se dice y lo que no se dice, los vectores de fuerza que entran en juego y las líneas de subjetivación actuantes.

La investigadora anota un punto curioso e ilustrativo del proceso de creación de este sitio de memoria. Al tratarse de un predio de alta significación política, histórica y simbólica para los Marinos, ya que fue una escuela de formación de los miembros de la Armada y un espacio de legitimación de la casta militar en tanto fundadora de la patria, el desalojo de la ESMA se convirtió en un escenario de lucha en el que saquearon las instalaciones y se llevaron placas de homenajes y banderas dejando una tierra arrasada.

Larralde Armas recorre y explora un extenso conjunto de prácticas desarrolladas en el predio que permite preguntarnos por el estatuto y los modos en que el arte interviene en las acciones memoriales. Si bien la ESMA ha sido reiteradamente representada en la literatura y en el arte, en este caso el CCD es una usina de creación de obras donde se produce e innova. En ellas se destacan el arte urbano y callejero, los grafitis, murales y señalizaciones, el empleo de fotografías y gigantografías, el siluetazo y el escrache en las rejas, apuntando a un arte de tipo colectivo, anónimo, efímero que suele incluir música y danza, con una gran dosis performativa. En este sentido nos pregunta-

mos si, dada la breve pero potente tradición en la representación de los desaparecidos que se inició con las fotos 4 x 4 y el siluetazo, estas propuestas establecen una continuidad u ofrecen nuevas aristas. Destaco dos de las muestras ideadas por Hebe de Bonafini que parecen ir más allá de lo conocido hasta el momento y ofrecen cierto carácter disruptivo. Por un lado, el “Monumento a los patriotas”: se trató de la construcción escultórica de las figuras de los próceres San Martín, Belgrano y Moreno realizada con armas, balas y desechos de hierro que serían utilizados en la escultura como forma de resignificar ese material bélico dentro del sitio de memoria convirtiéndolo en arte, por eso durante el año 2010 gestionó el pedido de tanques, balas y otros materiales al Ejército, que aceptó y envió a la ex ESMA una tanqueta, un tanque y una grúa para bajarlos y subirlos. Por el otro, Hebe de Bonafini dictó un taller de cocina “Cocinando Política” y se construyó una huerta orgánica, lo que introducía una cosmovisión andina que celebra la vida ante la muerte tal como se muestra en el ritual de comer en el cementerio los alimentos favoritos del difunto. Ello provocó un enfrentamiento con otras visiones sobre las actividades memoriales en el predio que repudiaban el acto de comer, tal como aconteció con el “suceso del asado” considerado como un acto de profanación: “Como si hicieran pan dulce en los hornos de Auschwitz”.

Estas fuertes tensiones y polémicas, explica Larralde Armas, ponen en escena dos modos de entender las prácticas memoriales en el predio de la Ex ESMA. En especial las Asociaciones de Familiares han sostenido una *memoria solemne* que tiende a sacralizar el sitio donde ocurrieron tantas barbaries, que focaliza en el pasado del centro clandestino, en las prácticas del terrorismo de estado y en

la figura de la víctima a la cual se procura recordar, homenajear y duelar. En cambio, los organismos de las Madres de Plaza de Mayo e H.I.J.O.S. han propuesto una *memoria carnavalesca* donde se apuesta a la vida más que a la muerte, al presente y al futuro frente al pasado, a la figura del desaparecido en su perfil de militante y luchador por un mundo mejor -cuyo ejemplo se intenta seguir- antes que el de víctima, enfatizando la alegría, la juventud, el festejo, el arte, la celebración de la vida bajo el lema “Donde hubo muerte, llenar de vida”. En esta última perspectiva -en un intento por ir más allá de los homenajes y recordatorios- se destacan las articulaciones de los sitios de memoria con fuerzas políticas del presente, con movimientos sociales y con impulsos emancipatorios, tal como supo reclamar Enzo Traverso en su *Melancolía de izquierda*. Se ha hablado insistentemente sobre las peculiaridades de la ESMA como CCDEyT y me pregunto si estas intervenciones político-artísticas sobre el predio también constituyen un aporte singular respecto a otros sitios de la memoria.

Estos recorridos de su investigación le permiten a Larralde Armas plantear algunas cuestiones que iluminan zonas y debates centrales en el campo de los estudios sobre las políticas de la memoria esgrimidos en ex centros clandestinos y nos abren la posibilidad de comparar con otras experiencias llevadas a cabo en diversos ex CCD del Cono Sur así como también en ex campos de concentración creados en otros territorios.

BRENNER, Anita  
SAN JOSÉ, Eduardo (ed.) (2021).

*Hoy las barricadas.  
Crónicas de la  
revolución española,  
1933-1937.*

Sevilla: Renacimiento

Una reseña de:

ÁNGEL ESTEBAN

Universidad de Granada

aesteban@ugr.es

La figura de Anita Brenner es todavía muy poco conocida en España, pero su estatura intelectual y humana la colocan en un lugar privilegiado en el contexto de las mujeres escritoras de su época en lengua española. Periodista, antropóloga, crítica de arte, historiadora y escritora mexicana, pasó varias temporadas en la España de los años treinta y de ahí nacieron sus crónicas sobre la época de la república y el comienzo de la Guerra Civil, etapa que ella prefería denominar “la revolución española”. Gracias a la edición que ha realizado Eduardo San José Vázquez y al esmero y buen gusto de la Editorial Renacimiento, contamos ahora con el testimonio y las opiniones de Brenner sobre la etapa más densa de la historia española del siglo XX, con una mirada muy atenta, muy comprometida, procedente de una periodista que tenía más de analista política e historiadora profunda que de reportera de ocasión.

En efecto, sus crónicas son mucho más que una simple descripción de unos hechos y una interpretación de las actitudes de ciertas personas o grupos involucrados en los conflictos de la política española de los años treinta. Esas páginas significan un conocimiento muy exhaustivo de la historia de España de ese siglo, de las fisuras entre los partidos políticos de la época, los matices entre partidos de orientación similar (de la izquierda o de la derecha, sobre todo los de la izquierda), las alianzas europeas de ciertos grupos políticos peninsulares y el conocimiento profundo de las figuras más sobresalientes de la cultura y la política de España. El mérito del editor, profesor de la Universidad de Oviedo, es múltiple. Por un lado, recupera un material en parte inédito y en parte mal publicado o poco difundido de una de las más brillantes analistas internacionales de los conflictos peninsulares de aquella época. En

segundo lugar, traduce de forma adecuada unos textos de una mexicana que escribió en inglés, ya que era corresponsal de algunas publicaciones estadounidenses, como *The New York Times* o *The Nation* y trabajaba fundamentalmente pensando en un lector neoyorquino, tratando de no asemejar el castellano ni a un posible registro de evidencias mexicanas ni a un español peninsular propio del traductor, buscando en todo momento un “consenso idiomático”. Esos textos inéditos fueron rescatados de uno de los archivos más fascinantes sobre autores fundamentales de la literatura y el arte modernos y contemporáneos, el del Harry Ransom Center, de la Universidad de Texas en Austin, un edificio que se dedica a obtener y conservar en condiciones óptimas algunos de los legados más importantes de personalidades intelectuales, artísticas y literarias del entorno occidental, para que puedan ser utilizados como material de estudio e investigación. Entre los autores más conocidos cuyos manuscritos se encuentran en el centro figuran Walt Whitman, Edith Wharton, Samuel Beckett, Doris Lessing, Julian Barnes, Charlotte Brontë, Jack Kerouac, William Faulkner o Gabriel García Márquez.

En tercer lugar, da a conocer en España a una figura brillante, una mujer que merece añadirse al grupo naciente de escritoras españolas y latinoamericanas que en la primera mitad del siglo XX comenzaban a producir obras de alta y esmerada calidad y que la historia de la literatura va incorporando poco a poco al canon occidental. En ese sentido, hay que destacar también la labor que la Editorial Renacimiento viene haciendo desde hace un tiempo para rescatar la obra de numerosas personalidades de la época como Teresa León, Elena Fortún, Eleonora Tenant, Mada Carreño, Concha

Méndez, Cecilia G. de Guilarte, Luisa Carnés, María Martínez Sierra, María Casares, María Lejárraga, Manuela Ballester, Ángeles Vicente, Carmend e Burgos, Ernestina de Champourcín, Mercedes Formica, Rosa Arciniega, Marina Ginestá, etc.

Un cuarto acierto de San José es la introducción que ofrece al lector, en la que da cuenta de las vicisitudes personales de Brenner, una vida apasionante entre México y los Estados Unidos, procedente de una familia judía con orígenes letones, y una existencia entregada a su pasión por el trabajo como periodista y analista política, con sus propios compromisos y actividades en pro de unos principios de izquierda que nunca le impidieron ser independiente, y crítica con todo aquello que le parecía torcido o inapropiado, viniera de donde viniera. Fue miembro de la “Generación perdida” norteamericana, aquella que lo extravió casi todo en el crack del 29, después de haber planeado una vida de éxito durante su adolescencia y juventud, y participó también en lo que ella misma denominó el “Renacimiento mexicano”, la vanguardia artística más visible en el contexto del país azteca y en casi todo el ámbito latinoamericano. En ella coincidió y entabló amistad con figuras tan representativas como Frida Kahlo, Diego Rivera, Tina Modotti, José Clemente Orozco o David Alfaro Siqueiros, y cuestionó con sus actividades y declaraciones el papel asignado secularmente a la mujer en el espacio social y artístico de México, contribuyendo también a revalorizar el arte del mexicano desde sus orígenes prehistóricos hasta sus novedades más radicales en los años veinte. Lo más interesante del análisis de San José en su introducción es el seguimiento de los pasos de Brenner por sus posiciones ideológicas con respecto al proceso que siguió la República,

saludada con entusiasmo por la promesa de la instauración de un régimen proletario pero con las contradicciones generadas por el gobierno de Azaña y un socialismo al que tildaba de conservador.

Uno de los ideólogos que más influyó en el pensamiento de Brenner fue sin duda Trotsky. Por esa razón, seguía paso a paso en sus escritos la andadura del POUM, el Partido Obrero de Unificación Marxista, fundado en 1935, separado de la línea del PCE, muy crítico con Stalin y Lenin y cercano a los intereses de Trotsky. Su pasión por aquella controvertida figura del exilio soviético le llevó a no tener demasiado en cuenta las desavenencias entre el POUM y Trotsky, y a entrevistarlo en noviembre de 1933, circunstancia que quedó reflejada en una crónica del *New York Times*. Asimismo, ella fue una de las artífices principales de la solicitud de asilo de Trotsky en México y del éxito de la operación, pues en 1936 envió un mensaje a Diego Rivera como representante del Comité Americano de la Defensa de Trotsky para esa petición, que fue acogida y cuyo resultado final fue la llegada del revolucionario a la capital de México. Brenner también saludó con claridad y positivamente el proceso revolucionario que llevaron a cabo los anarquistas de la CNT.

De sus crónicas cabe destacar, entre otras muchas cosas, sus continuas alusiones a líderes y sus movimientos. Aparecen con frecuencia Azaña, Negrín, Nin, Largo Caballero, etc. Y personajes decisivos, aunque no fueran estrictamente políticos, como Juan March o Unamuno. De Gil Robles destaca sus comparaciones con Hitler, su definición del personaje conservador como “clérigo-fascista” que podría llevar a España a una dictadura de férreo control, y a cuya tendencia de derechas ofrece un veinte por ciento de probabilidades de

obtener éxito, frente al 80 por ciento que predice para una democracia liberal-republicana. Ahora bien, cuando comienza la guerra, en el verano de 1936, Brenner escribe su última crónica de la época, después de haber diseccionado el esqueleto de la política española republicana y sus personajes decisivos, con un homenaje al “orgullosa y turbulento pueblo español”, que ha sufrido guerras y desajustes durante más de cien años y que se ha visto obligado al “vaivén”, a una “personalidad de irritabilidad exaltada y de profundos contrastes”. Y pone como ejemplo a la figura de Unamuno, el escritor “español más reconocido”, que “ha hablado y escrito con casi todos los alicios: anarquista, republicano, fascista, místico, lírico, cómico”, y ello es expresión abstracta del conflicto que sufren los españoles. Y a continuación refuta el supuesto individualismo del carácter español, que es más bien gregario, socialmente activo y solidario, indicando al Frente Popular como prototipo de colaboración activa y espontánea, porque se ha organizado con espontaneidad, y cuyo desesperado heroísmo se puede palpar en ese momento en las generaciones más jóvenes. Destaca asimismo el aplomo de todos los españoles, sean del bando que sean, y acoge como positivo el trabajo que la República estaba haciendo hasta el momento para mejorar España con medios pacíficos.

Casi al final del libro se incluye un extenso reportaje, muy minucioso, sobre lo que dio de sí el periodo republicano y sobre los avatares del primer año de Guerra Civil, titulado “La guerra de clases en la España republicana”. De todos los temas que trata, es interesante señalar tres aspectos: el papel importantísimo que tuvieron los obreros en las movilizaciones sociales que deseaban impedir el éxito del levantamiento fascista, la dimensión in-

ternacional que cobró el conflicto español, y las tribulaciones ocurridas por la falta de entendimiento y las derivas de las distintas tendencias de izquierda en España. Baste como ejemplo de esto último el contenido de la sección “En el Caballo de Troya”, en el que opina sobre el enorme incremento de afiliados y simpatizantes del PCE después del comienzo de la guerra, debido a su “defensa” manifiesta del “capitalismo”, de la propiedad privada, del abandono de los presupuestos marxistas, de los “intereses industriales de todos los extranjeros”, etc.; un partido al que habían llegado, y así lo documenta Bernner, militantes que pertenecieron antes a organizaciones fascistas, la Unión Patriótica o la CEDA o lo que es peor, “los desechos humanos que Hitler usaba para sus acciones más sanguinarias”, una importante “cuota de asesinos importados”, con lo que ello significa para enturbiar todavía más un ambiente ya enrarecido en la etapa anterior. Hay una cita muy significativa sobre el reclutamiento en el PCE de gánsteres cubanos que anteriormente habían trabajado para el dictador Machado, a finales de los años veinte o principios de los treinta, y que ahora se convertían en mercenarios al servicio del mejor postor.

La figura de Brenner está llegando a ser más y mejor conocida a raíz de ciertas iniciativas, de las que este libro sería la más reciente. En 2017 se realizó en el Skirball Cultural Center de Los Angeles una magnífica exposición, *Another Promised Land: Anita Brenner's Mexico*, para dar a conocer su figura y su legado, y en noviembre de 2019 se hizo lo propio en el Museo Nacional de Arte de la capital mexicana, bajo el título *Anita Brenner, luz de la modernidad*. Se le homenajeaba no solo por su personalidad como periodista y escritora, sino también como promotora de

arte, con cientos de fotografías de la autora realizadas por grandes autores como Edward Weston, Tina Modotti, Héctor García, Kati Horna o Louis Hobart, y la alusión a Sergei Eisenstein, quien realizó su conocida película *¡Viva México!* ayudado por los textos de Anita. Es, por tanto, motivo de celebración la llegada de libros como este, que nos ayudan a comprender mejor nuestro tiempo, la historia de un país en conexión constante con el soporte transatlántico y la mirada atractiva y estimulante sobre nuestro pasado.

PÉREZ MARTÍNEZ, José Emilio  
(2020)

## *La voz de las sin voz. El movimiento de radios libres entre la Transición y la época socialista (1976-1989)*

Madrid: Sílex

Una reseña de:

FERNÁN DEL VAL RIPOLLÉS

UNED

fernandelval@gmail.com

En las últimas décadas se han publicado numerosos trabajos que critican y problematizan el proceso de transición que se inicia en España en los últimos años de dictadura franquista. Si en los años noventa libros de periodistas como Victoria Prego (1995), o de historiadores como Javier Tusell (1999), desarrollaron una visión idealizada de dicho proceso, los estudios culturales hispánicos (Vilarós, 1999; Labrador, 2017) y el periodismo crítico (Martínez, 2012), entre otros, han desmontado la mitificación de la Transición y de sus efectos.

Uno de los elementos, a mi juicio, más interesantes de estos análisis es la puesta en valor de los movimientos vecinales que emergieron en esos años, y que funcionaron, en palabras de Manuel Castells (2008), como “escuelas de ciudadanía”. Diversas investigaciones (Pérez Quintana y Sánchez León, 2008) han mostrado cómo en esos movimientos, en los que se encontraron las nuevas clases medias, la clase trabajadora, militantes comunistas y católicos de base, se generaron formas de participación y de acción ciudadana que llenaron de auténtico contenido democrático un proceso que desde los partidos e instituciones políticas se vaciaba de dicho contenido.

El libro que aquí reseñamos, *La voz de las sin voz. El movimiento de radios libres entre la Transición y la época socialista (1976-1989)*, alumbra otro pedacito de la historia de la Transición, focalizándose en un movimiento muy poco estudiado, como es de las radios libres en España, y en particular en Madrid. Fijarse en ese movimiento implica rescatar memorias y prácticas de un movimiento construido desde abajo, desde los barrios de Madrid, en el que una parte de la juventud *transicional* mostró su interés por lo cultural, lo político y lo lúdico, como elementos indiferenciables de sus prácticas coti-

dianas. Frente a otro mito de la Transición, como es del pasotismo juvenil, que vendría a señalar que la juventud estaba más preocupada por lo hedónico que por lo político, el trabajo de Pérez Martínez recupera las acciones y discursos de aquellos y aquellas jóvenes que se implicaron en movimientos de comunicación alternativa, que construyeron espacios político culturales de mayor horizontalidad en los que poder desarrollar discursos críticos en algunos casos, irónicos y festivos en otros, demostrando que el interés por participar en acciones y culturas políticas existía entre los y las jóvenes, pero que los partidos e instituciones políticas no supieron, o no quisieron canalizarlo.

El autor, doctor en historia y en periodismo, demuestra su manejo de dos técnicas básicas en esos campos, como son la historia oral, por un lado, y el trabajo de archivo, por otro. Así, recoge las voces, memorias y recuerdos de diversos participantes del movimiento, sujetos en gran medida anónimos, cuyas acciones no han sido valoradas por la Historiografía de la Transición (en mayúsculas ambas), pero que ayudaron a construir un movimiento que tejió redes ciudadanas en un contexto poco propicio para ello. El contrapunto al trabajo memorístico se da con el trabajo de archivo, que recoge grabaciones de unas radios de las que no hay archivos oficiales ni extraoficiales. Por tanto, estamos ante pequeñas joyas, que el autor transcribe en diversos pasajes, y que muestran el dinamismo y la originalidad de algunos de aquellos programas radiofónicos.

Es muy apreciable también la primera parte del libro, dedicada al aparato teórico, con el que el autor desarrolla algunos conceptos que le servirán para explicar la emergencia y el desarrollo de estas radios. Por un lado, Pérez Martínez desarrolla la idea *durkheimiana* de anomía, pasada

por el tamiz de Robert K. Merton, aplicándola al mundo radiofónico, a través del concepto de *anomia comunicacional*. Este concepto nos permite percibir cómo en esa España *transicional* los medios de comunicación establecidos no respondían a las demandas informativas ni comunicacionales de los y las jóvenes, que sentían una ausencia de medios de comunicación de referencia. Esta anomía la podríamos conectar también con el enorme desarrollo en esos años de la prensa marginal y *underground*, con revistas como *Star*, *Ajoblanco*, *Ozono* o *Bicicleta*, que publicaron artículos y dossieres novedosos en su contexto, sobre sexualidad, comunas, música o feminismo, siendo censuradas algunas de ellas. Esa conexión entre radios y revistas se observa también en que en algunas de estas revistas se incluyeron dossieres sobre cómo hacer radios libres, con instrucciones precisas sobre cómo abordar la parte técnica de esos procesos.

Otro concepto relevante para esta obra es de *subcultura alternativa*. Retomando las ideas de la Escuela de Birmingham, el autor plantea que dentro de estas radios se desarrollaron formas de hacer, de expresarse, de comunicarse, que representaban un desafío a las instituciones hegemónicas. En ese sentido creo que es un acierto que el autor vaya un paso más allá de la concepción de las subculturas como “resistencias simbólicas” a lo hegemónico a través del estilo, mostrando que, en este caso, esas resistencias se construyen desde lo material, desde el hacer, desde el desarrollo de acciones y dinámicas concretas, no sólo desde el mostrar.

La parte central del texto se adentra en la historia de más de cuarenta de aquellas radios madrileñas. A partir de las historias orales y del trabajo de archivo el autor trata de reconstruir la concepción y el desarrollo de cada una. Obviamente, hay una gran variabilidad en este apartado ya que, de algu-

nas radios, como “La Cadena del Water”, el autor ha podido recabar mucha información, mientras que de otras apenas quedan rastros. En cualquier caso, este recorrido nos permite percibir la diversidad de propuestas dentro del movimiento, que lejos de ser una subcultura homogénea, abarcaba proyectos de muy diverso pelaje. El libro sitúa como momento de inflexión para las radios libres la implantación de la Ley de Ordenación de Telecomunicaciones de 1987, acompañada de una enorme presión política y policial con la intención de acabar con este movimiento, regularizando el espacio radiofónico en favor de los grandes grupos comunicacionales, y acabando con la pluralidad comunicacional que suponían las radios libres.

El trabajo de Pérez Martínez implica, como todo trabajo pionero, un desafío para futuros trabajos sobre estas cuestiones. Por un lado, el texto se centra en lo acaecido en la Comunidad de Madrid, lo que sitúa ahora el foco en el resto del país. Abordar ese trabajo es una tarea titánica que, esperemos, otros y otras colegas puedan enfrentar. Por otro lado, la metodología de Pérez Martínez supone un avance en los estudios sobre la Transición. En primer lugar, por poner el foco en movimientos alternativos poco analizados. La producción cultural de la Transición es ingente, y siguen quedando espacios minoritarios sin estudiar que nos pueden ayudar a seguir profundizando en los discursos y prácticas juveniles de la época. En segundo lugar, el autor opta por adentrarse en la difícil tarea de bucear en archivos, oficiales y privados, para desarrollar sus análisis. En mi opinión el análisis de programas radiofónicos, revistas, discos, periódicos, libros, y demás objetos culturales, sigue siendo una asignatura pendiente en los estudios culturales sobre la Transición. Más

allá de las memorias y recuerdos de personajes claves, ya fuese de la oficialidad o del *underground* transicional, el trabajo de archivo nos puede seguir proporcionando mucha luz sobre todos esos procesos culturales.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA:

- Castells, Manuel (2008). “Productores de ciudad: el movimiento ciudadano de Madrid”, en Pérez Quintana y Sánchez León (eds) (2008). *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid, 1968-2008*. Madrid: La Catarata. Pp. 21-32.
- Martínez, Guillem (coord.) (2012). *CT o la cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española*. Barcelona: Debolsillo.
- Labrador Méndez, Germán (2017). *Culpables por la literatura: imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)*. Madrid: Akal.
- Pérez Quintana, Vicente y Pablo Sánchez León (eds) (2008). *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid, 1968-2008*. Madrid: La Catarata.
- Prego, Victoria (1995). *Así se hizo la Transición*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Tusell, Javier (1999). *La Transición española a la democracia*. Madrid: Historia 16.
- Vilarós, Teresa. (1998). *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la Transición española (1973-1993)*. Madrid: Ed. Siglo XXI.

HERNÁNDEZ BARBOSA, Sonsoles  
(2022).

## *Vidas excitadas. Sensorialidad y capi- talismo en la cultura moderna.*

Vitoria-Gasteiz: Sans Soleil Eds.

Una reseña de:

BEATRIZ SÁNCHEZ SANTIDRIÁN

Universidad Complutense de Madrid

Universidad Paris Nanterre

beatrizsanchezsantidrian@hotmail.com

“El capitalismo se in-corpora a los cuerpos exci-tando los sentidos”. Que la estimulación de los sentidos es una de las principales estrategias de la cultura de masas capitalista para incitar el consu-mo es una realidad que experimentamos a diario en las grandes ciudades. Imágenes publicitarias por doquier (en las marquesinas de los autobuses, invadiendo el metro o cubriendo por completo las fachadas de los edificios en remodelación); neones y escaparates iluminados; hilos musicales y difu-sores de fragancias en las proximidades de ciertas tiendas; arengas de los vendedores ambulantes... Pero esta instrumentalización sensorial por parte del capitalismo no es nueva, sino un paso más en el proceso que viene forjándose desde los orígenes de la modernidad en la segunda mitad del siglo XIX.

Es lo que expone Sonsoles Hernández Barbosa (1981, Vigo), profesora de Historia del Arte en la Universidad de las Islas Baleares, en *Vidas excita-das. Sensorialidad y capitalismo en la cultura mo-derna*. Doctora en Musicología por la Université de Paris-Sorbonne y la Universidad Complutense de Madrid, la autora retoma artículos previos y emprende nuevas investigaciones para este pro-yecto (una de ellas, realizada en el marco de una estancia de investigación en el Getty Research Institute). Recién publicado en Sans Soleil Edi-ciones, está muy en línea con sus estudios prece-dentes sobre la sinestesia y la interacción entre la música y otras artes, el movimiento simbolis-ta en el París de finales del siglo XIX o la histo-ria de los sentidos en el origen de la modernidad.

La introducción sitúa el contexto teórico y me-todológico de esta historia cultural de los sentidos, que compila estudios ya clásicos sobre cultura de consumo pero bajo una óptica de cultura sensorial. Para ello, adopta una perspectiva transdisciplinar

y apela al tiempo a tradiciones como la francófona historia de las sensibilidades, los estudios sensoriales anglosajones (y, ahí, la historia sensorial), los estudios visuales, los estudios sonoros y la estética. Todos ellos sustentan una historia construida sobre experiencias subjetivas, acontecimientos pequeños e individuales con un valor epistemológico tan autorizado como los hechos objetivos a los que nos tiene acostumbrados la historiografía. Se trata de una historia transnacional, centrada en Europa (especialmente en Francia, Reino Unido y Alemania, aunque con pinceladas de España) y en Estados Unidos, lugares donde se dio forma al primer capitalismo económico y a la cultura de masas y de consumo a partir del mediados del siglo XIX.

Tras la introducción, los capítulos que siguen abordan uno a uno varios estudios de caso. Estos ejemplifican cómo en la segunda mitad del siglo XIX el capitalismo movilizó la experiencia sensorial, tanto en el entorno público como en el privado, a través de distintos espacios, prácticas y fenómenos que en este estudio se van entrelazando de forma lógica, siguiendo lo que la autora califica de planteamiento “agrupador”, panorámico o globalizador, que pone el acento en las afinidades entre los distintos fenómenos y no en sus diferencias. De los primeros grandes almacenes, la publicidad, los espacios de ocio y los dispositivos de entretenimiento visual y sonoro al estudio de la estimulación sensorial por Georg Simmel y la estetización de la vida cotidiana a través de las figuras del *dandy* y del esteta, todos son fenómenos que se corresponden y entrelazan directamente en torno a una moral de consumo nacida del capitalismo, que promueve una creación de deseo

ligada a la cultura material y que se mueve influida por corrientes de pensamiento que incitan al progreso como el darwinismo o el sansimonismo.

Si es posible en esta época la emergencia de un capitalismo cultural que desarrolle una cultura material sensible (en el origen de todas estas prácticas) es gracias a la aparición del capitalismo industrial; es decir, gracias al desarrollo social y económico que sigue a la Revolución Industrial, y que permite la aparición de una incipiente sociedad de masas, protagonizada por una burguesía con suficiente poder adquisitivo para llevar a cabo un consumo masivo de artículos y experiencias, antes limitado a una clase privilegiada y pronto extendido también a la clase obrera. De esta manera, la cultura del ocio del primer capitalismo moderno rompe con las jerarquías entre las consideradas “alta” y “baja” cultura. Este consumo de masas no existiría sin grandes establecimientos de venta, sin unas estrategias publicitarias que creasen nuevas necesidades y que pusieran a la imagen como señuelo para la venta, sin una cultura de entretenimiento localizada tanto en el espacio público como en el privado. No existiría, entonces, sin movilizar al conjunto de la sensorialidad. La vista ha sido tradicionalmente el sentido que más ha interesado a disciplinas como la filosofía y la estética, que la han colocado en la cúspide de la jerarquía sensorial al ser juzgada más intelectual y menos instintiva que el oído, el olfato, el tacto o el gusto. Pero, como vienen demostrando los teóricos de la cultura visual, la percepción visual pura no existe<sup>1</sup>. Según este estudio, la modernidad capitalista habría desbaratado el sistema ocularcentrista y la clasificación en sentidos superiores e in-

1 Mitchell, W.J.T. (2005). “No existen medios visuales”. Brea, José Luis (ed.). *Estudios visuales. La epistemología de la visualidad en la era de la globalización*. Madrid: Akal: pp. 18-25.

feriores, pues no desaprovecharía ninguno de ellos si podían estimularse para favorecer las ventas.

“Los grandes almacenes: comerciando con el placer sensible” es el título del primero de esos estudios de caso, en el que los grandes almacenes son presentados como el laboratorio del capitalismo en la ciudad espectacularizada. En la evolución del comercio moderno, que parte de las tiendas de los pasajes y los *magasins de nouveautés* y desemboca en los grandes almacenes, la moda es la privilegiada de este sector también en lo que comparte raíz léxica con el término “modernidad”, significando ambas una novedad cíclica constantemente renovada. En la exposición de los artículos sobresale la vista, pero se incorpora el tacto como sentido que despierta placer físico, pues este es apelado en el deseo fetichista como motor de la compra, ahora que las necesidades básicas, cubiertas, no son ya el motivo principal de la venta. En esta idea de la relación sensorial con el producto como principio básico para despertar el deseo de compra entra la cuestión de los robos, muy frecuentes en los grandes almacenes por parte de mujeres de la burguesía. Frente a la idea, sostenida en la época, de que la cleptomanía era una enfermedad femenina resultado de la debilidad moral de la mujer ante la seducción que desplegaban los grandes almacenes (Paul Dubuisson, *Les Voleuses des grands magasins*, 1902), Hernández Barbosa presenta la alternativa que señala al afán emancipatorio de autonomía económica respecto al marido. Entonces, frente a la tesis del consumo como símbolo de distinción social, el caso de la cleptomanía femenina demuestra que es la dimensión estética la que favorece el consumo.

El segundo capítulo, “El nacimiento del marketing de masas: la imagen a la búsqueda de la

empatía”, presenta otra de las herramientas del capitalismo que se sirve de las emociones y de la sensorialidad. En este caso, la publicidad, estudiada a través del caso francés, se apoya en el efecto empático de la imagen para controlar la psicología de las masas. Para ello, la autora analiza cómo la publicidad, aunque presentada a sí misma en sus orígenes a principios del siglo XX como disciplina científica, se revela deudora de la hipnosis y de la sugestión en tanto en cuanto su propósito es igualmente el control de las voluntades a través de la captación de la atención. Aunque estos métodos son juzgados por algunos teóricos como inmorales y no científicos, perviven en realidad en la publicidad moderna (como en el caso del tratado de Jacques-Octave Gérin *La publicité suggestive. Théorie et technique*, 1911); y ello por manipular las voluntades de forma sutil e indirecta, haciendo creer al público que participa activamente en la recepción del mensaje, seduciéndolo a través de las emociones que genera la imagen y no de la racionalidad del texto, instrumentalizando la simpatía y la empatía (*Einfühlung* en su teorización original en Alemania). De este modo la publicidad, a través de la economía de la atención en la que se basa, pone a la visualidad en el centro de la modernidad capitalista, desvelando el estatus de esta última como creadora de culturas emocionales a través de las que crear nuevas necesidades y deseos.

El tercer capítulo, “Pasen y vean: estimulación sensorial en la cultura del ocio”, parte de la premisa de que la lógica productivista del capitalismo se sirve también del tiempo ajeno al trabajo, convirtiendo el ocio en tiempo de consumo, utilitario y disciplinado. Ahí se enmarca la incipiente cultura de entretenimiento masivo, destinada a la burguesía en el caso francés y más a las cla-

ses populares en el anglosajón, y que bien ilustran artefactos y atracciones de las exposiciones universales de finales del siglo XIX como los panoramas, los mareoramas o los menos conocidos foro-cine-teatros. Se trata de una cultura espectacular<sup>2</sup> que se muestra ambivalente, vehículo de un relato ideológico de herencia sansimonista sobre las virtudes del progreso tecnológico (capaz de reproducir de forma realista cualquier experiencia a través de la apelación a los sentidos) a la vez que paradigma de un ocio patológico, con efectos nocivos sobre la salud por hiperestimulación sensorial. Con el objetivo de imitar experiencias reales, estas atracciones se apoyan en una multisensorialidad que va más allá del “ojo abstracto” a través de una serie de estímulos visuales, sonoros, corporales y olfativos, dando lugar a lo que la autora compara con una “obra de arte total” wagneriana que, pese a su intención ilusionista, revela finalmente su naturaleza ficticia y construida.

Frente al espacio público que centra los precedentes capítulos, en “Cultura material para la sensibilidad en el entorno privado” se analiza la aparición de un interior doméstico burgués sofisticado, plagado de “tecnologías del placer” o dispositivos cuya finalidad es la del entretenimiento puro, sin utilidad práctica, resultado de un estilo de vida consumista que nace de la mano de los Estados liberales del siglo XIX. La democratización del consumo de artefactos que satisfacen una sensorialidad cotidiana se refleja en el desarrollo de prácticas y dispositivos dirigidos al gusto, al olfato (como la gastronomía y la industria del perfume, respectivamente), a la vista y al oído. Así, artilugios visuales y sonoros como la vista óptica, el taumatropo, el caleidoscopio o la pianola son

estudiados aquí como prácticas sociales y culturales de su época y no en relación con la evolución tecnológica del cine o de la industria del disco, como suele hacerse. Estos aparatos, cuya función científica originaria se extiende en el cambio de siglo a un uso lúdico y decorativo accesible a un público más o menos extenso, descubren su identidad como herramientas con las que el usuario puede entrenar sus sentidos y familiarizarse desde casa con sensaciones y ritmos que van imponiéndose en las metrópolis modernas: imágenes, colores y velocidades en constante cambio, protagonistas de espacios y fenómenos estudiados en el resto de capítulos de este estudio como el cartelismo, la moda, los grandes almacenes o los medios de transporte. Estos ejemplos de cultura material sensible prueban finalmente que los órganos sensoriales no funcionan de forma autónoma sino conjunta. En el caso de los dispositivos ópticos analizados, vista y tacto se dan la mano para dar lugar a imágenes corporeizadas manipulables por el sujeto porque, como evidencia en aquella época el descubrimiento de la persistencia retiniana, la visión se genera en el propio observador, y como tal debe ser corporeizada.

El desarrollo de una cultura material en el espacio doméstico sería una forma de compensar los efectos nocivos de las condiciones materiales de la vida moderna. Así, desde el espacio doméstico la autora vuelve a la ciudad para presentar las enfermedades que según el sociólogo alemán Georg Simmel provoca la metrópolis moderna en la psicología del individuo. Este penúltimo capítulo, titulado “Patologías de la sobreestimulación: una lectura a partir de Georg Simmel”, parte de “Digresión sobre la sociología de los sentidos”

<sup>2</sup> Que Guy Debord analiza en 1967 en su célebre *La sociedad del espectáculo* (Valencia: Pre-Textos).

(1907), un artículo de Simmel pionero en la sociología del cuerpo por poner en el centro de la vida urbana la sensorialidad y, ahí, la vista. Simmel identificaba la cultura moderna con la visualidad, por ser la vista el sentido más apelado en la socialización (en los medios de transporte colectivos, paradigmáticos de la inestable y fugaz vida urbana, la interacción entre desconocidos se hacía mediante contacto visual). Pero este ocularcentrismo del alemán está siendo discutido desde finales del siglo XX por los estudios visuales y culturales, que advierten que los postulados que dio por universales son sin embargo culturales, propios de las condiciones históricas de la modernidad desde la que Simmel escribió sus textos. Pues, tal y como el capítulo previo demostraba, la modernidad estableció un nuevo paradigma en el que se vio inmerso el conjunto de la sensorialidad y donde la vista formó parte de una corporeidad más amplia. Paralelamente a esta cuestión, el estilo de vida de una ciudad moderna como Berlín, caracterizada por la fugacidad, la estimulación constante y la inestabilidad, condujo a Simmel a juzgar como patológica la psicología del ciudadano urbano moderno. Así, la intensificación de la vida nerviosa en las metrópolis exigía un incremento de la intelectualización y de la racionalidad, una especie de barrera mental frente a la cercanía física en la multitud que amenazaba la conservación de

la subjetividad (de ahí la emergencia de la individualización y del sentimiento del yo frente al grupo). Esta intelectualización, decía Simmel, podía resultar en patologías como el hastío o la neurastenia, una debilidad por agotamiento nervioso.

Por último, en “El dandy o cómo singularizarse a través de los sentidos”, la autora encarna las reflexiones precedentes sobre la singularización e individualización frente al grupo a la que lleva la ciudad moderna en las figuras del dandy y del esteta, que en las últimas décadas del siglo XIX construyen su identidad en torno a la experiencia sensorial y la búsqueda de la belleza pura, no utilitaria, entendidas como patrón de comportamiento alternativo a la cultura materialista dominante en la era industrial. Esa singularidad acaba a finales de siglo con la irrupción del movimiento esteticista, que conlleva la popularización de esos personajes y la traducción a la cultura de masas de presupuestos que, planteados en principio para desafiar al sistema industrial capitalista, terminan siendo fagocitados por el mercado.

Basándose en material documental, gran parte inédito, procedente de diversos archivos<sup>3</sup>, y en una bibliografía muy completa y actualizada para cada uno de los campos en los que se enmarca el estudio<sup>4</sup>, la argumentación de las tesis aquí presentadas está muy bien estructurada y planteada al comienzo de cada capítulo; la formulación explícita de los

3 Como los Archives Nationales, la Bibliothèque Forney, la Bibliothèque Nationale y la Bibliothèque Historique de la Ville de Paris, todos en París, el Museu de la Música y el Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona, la Biblioteca Nacional de España y la British Library y la Wellcome Library de Londres.

4 En lo que respecta a su reflexión sobre la importancia de la visualidad en la fundación de la modernidad, este estudio conecta con el clásico de Anne Friedberg *Window Shopping: Cinema and the Postmodern* (que, curiosamente, la autora no cita, a pesar de coincidir en buena parte de temáticas y referencias, sobre todo en los primeros capítulos). En su trabajo, Friedberg analizó diversas experiencias visuales propias de la cultura de consumo moderna del siglo XIX (fotografía, práctica del vagabundeo, ocio, turismo, compras, dispositivos como los panoramas o los dioramas) como generadoras de una movilidad “virtual” a través del tiempo y del espacio que anticipan prácticas características de la postmodernidad como el cine, el vídeo, los centros comerciales o las tecnologías de realidad virtual. Sin em-

pasos que va siguiendo y de las fuentes en que se va basando hace más pedagógicas estas investigaciones que tenían en origen una naturaleza científica. Por otra parte, además de las fuentes académicas, la autora apuesta por apoyarse en el género novelístico como fundamento legítimo para hacer una reconstrucción histórica de los imaginarios y representaciones de la época (es el caso de *Au Bonheur des dames* de Émile Zola, pp. 39, 216).

En determinados casos, para el desarrollo de su argumentación intercala ejemplos procedentes de contextos espacio-temporales que difieren sensiblemente. Así, para ilustrar el vestido corte imperio, nacido en la Francia de Napoléon Bonaparte a principios del siglo XIX, Hernández Barbosa alude al que lleva el personaje femenino de un retrato de Goya (sin duda, de influencia francesa) en vez de a uno semejante francés, el referente original (p. 51). De la misma manera, se refiere a la protagonista de *La Regenta* (Leopoldo Alas “Clarín”, 1884) para ilustrar la existencia de patologías nerviosas como consecuencia de la falta de estímulos, tal como sucedía a personajes literarios anteriores y de referencia para aquel como *Madame Bovary* (Gustave Flaubert, 1856; p. 55). Sin duda, la voluntad de traspasar fronteras y de confrontar episodios que acontecen en distintos tiempos y lugares es muy legítima. La historia es fluida y las ideas viajan a través de ella. En una historia más clásica y purista habría cabido discutir esta forma de proceder por caprichosa y no rigurosa con la Historia, pero Hernández Barbosa se enmarca en una perspectiva transhistórica (siempre dentro del marco general del cambio de siglo).

Desde el comienzo, Hernández Barbosa se declara al margen del debate que en torno a la cultura de masas divide en una suerte de “apocalípticos e integrados” a los que la consideran bien como alienante bien como democratizadora, y afirma tener como única intención la de exponer las nuevas conductas que esta genera (pp. 30, 244). Lo que no impide que señale su lado oscuro, como en el caso del carácter manipulador de la publicidad (p. 73).

Por otra parte, cabría preguntarse si la lógica interna que hila todos los temas abordados podría extrapolarse a otras prácticas y fenómenos que pudieran responder igualmente a esta instrumentalización de la sensorialidad por parte del capitalismo emergente, de modo que pudieran investigarse otros casos como el turismo, la prensa de masas o el nacimiento de la política moderna, de los que son herederas nuestras sociedades posmodernas actuales.

En conclusión, si la economía de los deseos, la moral de consumo y la obsolescencia de la mercancía son los principios constituyentes de la modernidad capitalista, podemos preguntarnos qué nos diferencia a nosotros, individuos posmodernos de un capitalismo tardío, de nuestros bisabuelos. Tal como la autora apunta en el último capítulo que sirve de epílogo del libro, el desarrollo tecnológico y cultural ligado a prácticas como la realidad virtual o a acontecimientos tan recientes como la pandemia de COVID-19 ponen en jaque la centralidad de los sentidos en una sociedad como la nuestra, que promueve una socialización cada vez más individualista, anestesiada y telemática. No hay que olvidar, sin embargo,

---

bargo, mientras que aquel se ceñía al sentido de la vista, Hernández Barbosa extiende su estudio al conjunto de la sensorialidad. Suponemos que, de haberse referido a él, la autora habría diferido en cuanto a la centralidad del papel de la visualidad en la configuración de la modernidad. Friedberg, Anne (1993). *Window Shopping: Cinema and the Postmodern*. Berkeley: University of California Press.

que esa instrumentalización sensorial es a veces más rotunda que antes: en el caso de la citada realidad virtual, ya existen, por ejemplo, trajes térmicos que tienen como misión hacer más sensible e interactiva la experiencia en el metaverso. Si esta cultura material sensible, con sus adeptos y sus detractores, fue en cierta medida sublimada por el imaginario utópico de la época, cabría señalar que hoy en día, con toda la información de que disponemos y todo lo que venimos experimentando, se precisa de un análisis profundamente crítico e inconformista.

MORAÑA, Mabel  
(2017).

## *El monstruo como máquina de guerra*

Madrid, Iberoamericana Vervuert

Una reseña de:

SILVIA TÉVAR GARCILÓPEZ

Universitat de València

[siltegar@alumni.uv.es](mailto:siltegar@alumni.uv.es)

Deforme, abyecto, inclasificable y limítrofe, el monstruo se constituye como un verdadero dispositivo cultural, como un incómodo artefacto semiótico que pone sobre la mesa el imaginario social establecido. El monstruo, ese *no-ser*, esa alteridad extrema, funciona como límite y como nexos, como un disparador de conciencias que nos *re-vela* el modelo cognitivo y cultural que rige a una determinada sociedad. Así, el monstruo es la contracara del discurso establecido, un relato disidente que nos permite desarrollar otras formas de *re-pensar*, aprehender y concebir la realidad. El monstruo es, en definitiva, una forma de ir más allá, de generar una «lógica otra» con la que construir un espacio de resistencia, con la que abrir nuevos horizontes ajenos al planteamiento oficial, porque *lo reprimido siempre reaparece*.

Es por esto por lo que Mabel Moraña elabora *El monstruo como máquina de guerra* (2017): para estudiar los procesos de monstrificación que se han dado a lo largo de la historia y, de ese modo, revelar modelos específicos de organización del conocimiento, de la experiencia social y de la construcción de la alteridad. Moraña analiza las diferentes dimensiones del monstruo (histórica, filosófica, biopolítica y estética-ideológica), y realiza un recorrido por sus distintas aproximaciones. De este modo, consigue mostrarnos el potencial y la capacidad subversiva que la figura monstruosa puede llegar a alcanzar. Para ello, concentra su estudio en un material crítico-teórico que completa con fuentes de todo tipo: creencias populares, obras literarias, creaciones visuales y *performance*, o referencias musicales y pictóricas.

Toda la obra discurre en base a la idea fundamental del monstruo como un ser *biopolítico*, es decir, como un ente vinculado a la *polis*, a los pro-

cesos de socialización, a la dominación del poder sobre el cuerpo y a la representación de lo humano en el marco de la Naturaleza, la historia, la temporalidad, la trascendencia y la cotidianidad. A través de un análisis pormenorizado de su presencia en la filosofía, la política y las corrientes sociales y literarias, Mabel Moraña nos muestra cómo el monstruo, desde la resistencia, la disidencia y el extrañamiento, encarna las expresiones subalternas y marginales y, al mismo tiempo, materializa las estructuras de control que funcionan en el ámbito doméstico, periférico, institucionalizado o disperso de lo social. En tanto biopolítico, el monstruo puede simbolizar el carácter del poder soberano y su miedo a perder el control, pero también puede encarnar individuos, períodos, sistemas y aspectos que revelan el modo en que opera el disciplinamiento social. En el mismo sentido, puede ser símbolo tanto del Estado, de las élites, de la Iglesia, de la metrópolis o de la Colonia, como de lo común, lo subyugado, lo omnipresente y lo recóndito.

Por otro lado, Moraña nos descubre cómo por su violencia potencial, material y/o simbólica, lo monstruoso genera rechazo y, al mismo tiempo, atracción. El monstruo habita el inquieto espacio situado entre la adoración y la abyección (Braham, 2015), y se comporta siempre de manera intersticial. En consecuencia, desvela la inestabilidad de las categorías preestablecidas, cuestiona el binarismo tradicional y, a modo de *shifter*, activa dinámicas sociales alternativas.

En el primer capítulo, “El monstruo en la historia”, la autora realiza un recorrido histórico-cultural por las sucesivas construcciones y deconstrucciones de lo monstruoso de manera cronológica. El punto de partida es el período colonial y, a partir de ahí, el libro se detiene en

momentos representativos, bien porque en ellos se produjo una reflexión determinada sobre lo monstruoso, bien porque su aparición fue determinante en la literatura y en el cine de América Latina. Sin embargo, y aunque en esta sección inicial el continente latinoamericano ocupa un espacio central, el estudio acaba derivando hacia otros ámbitos culturales que terminan de completar la trayectoria transnacionalizada y transhistórica del monstruo. Tras unos breves apuntes sobre su concepción medieval y religiosa, Moraña nos va a ir conduciendo por los diferentes imaginarios de la Ilustración y sus “epidemias vampíricas” (2017: 73), por las teorías de Burke acerca de lo sublime, el dolor y el placer, y por la “monstruosidad científica” del siglo XIX, que nos revela la capacidad *performativa* del monstruo. Tampoco faltan las referencias a los fantasmas, al vampirismo de Polidori, Lovecraft y Stoker, a la aparición del zombi en la figura de Frankenstein, o al dualismo identitario abierto por *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*. La sección se cierra con la relación entre el monstruo y la nación en obras como *El matadero* de Esteban de Echevarría o *Sarmiento*, de Domingo Facundo, y con las figuras de la modernidad y la posguerra: Godzilla y King Kong.

El segundo capítulo analiza el papel que han desempeñado los monstruos en la crítica al capitalismo, de ahí su título: “Los monstruos y la crítica del capitalismo”. En él, Moraña analiza el tratamiento del monstruo por parte del marxismo y el posmarxismo, sobre todo en lo que respecta al sistema de circulación del capital, las modificaciones de la subjetividad y la violencia de la acumulación y la mercantilización. Asimismo, nos revela cómo los usos de la monstruosidad que aparecen en *El Capital* y en *El manifiesto* pueden abordar lí-

neas de pensamiento compatibles con las ideas de Deleuze y Guattari sobre las dinámicas de poder y las resistencias. Para ello, se centra en las figuras del vampiro, el cibernético y el zombi, mostrándonos cómo lo social está constituido por un vínculo indisoluble entre filosofía, política, economía y cultura, y cómo su representación se articula en torno a constelaciones de sentidos y figuras monstruosas que movilizan imaginarios y estrategias de sometimiento de lo más diversos. La monstruosidad, así, revela las rearticulaciones de la hegemonía y la soberanía en diferentes momentos históricos y sus efectos sobre la subjetividad.

En “Los monstruos y la filosofía”, se abordan distintas teorías filosóficas que se han ocupado de reflexionar sobre lo monstruoso. El capítulo comienza con las nociones de lo siniestro (Freud), lo abyecto (Kristeva) y la fetichización de la *diferencia* (Baudrillard), para dar paso a la concepción de normalidad (Canguilhem) y anomalía (Foucault). Más adelante, Moraña explica los trabajos de Žižek y Badiou acerca del *evento*, la sublimidad y el anamorfismo, y continúa con los estudios de Deleuze, Guattari, Braidotti y Maffesoli sobre la monstruosidad, el nomadismo y la máquina de guerra. Por último, se nos presenta la teoría de Haraway sobre el monstruo y la construcción del género y la sexualidad, proceso vinculado a una serie de prácticas discursivas, protocolos sociales y valores naturalizados en la cultura que la monstruosidad subvierte y cuestiona.

El cuarto capítulo, “Monstruosidad y biopolítica”, aborda el eje que incardina toda la obra. En este caso, Mabel Moraña desarrolla las teorías de Hardt y Negri sobre lo *común*, el nuevo bárbaro y la presencia del monstruo en la multitud. También analiza la aproximación de Agamben y el Psicoanálisis

a las figuras del hombre-lobo y su relación con el poder político. Nociones como *bios*, *zoé*, *lo animal*, *línea de fuga*, *estado de excepción* o *inmunidad* son puestas a dialogar con la construcción de lo monstruoso, tanto en la vertiente psicoanalítica como desde la arqueología cultural. Finalmente, los estudios de Valenzuela sobre la biocultura, la bioresistencia y la bioproximidad cierran esta sección para descubrirnos la tendencia contemporánea a la creación de los llamados «mundos de muerte», en los que todo ser social adquiere el estatus de “muerto-viviente” y en los que el monstruo actúa, de manera positiva, como fuerza contranormativa e insurrecta (Moraña, 2017). Así, las distintas orientaciones biopolíticas ofrecen un lenguaje y dibujan un amplio espectro con los que discutir la figura del monstruo y sus formas de activación e interacción, tanto sociales como políticas.

En “Monstruosidad, representación y mercado”, se nos desvelan las formas en las que el monstruo ha abandonado su hibernación y se ha manifestado e intervenido en la esfera pública. La explotación, el tráfico humano y la pérdida de territorios forman parte de la etimología del zombi, y Moraña nos va a ir conduciendo por las diversas formas en las que este monstruo ha encarnado dicha condición a través de la espectacularidad y la carnavalización del discurso de la anomalía y del terror. Novelas como *The Magic Island* (1922) o *I Am Legend* (1954), y películas como *I walked with a zombie* (1943) son algunos de los ejemplos evocados por la autora para ilustrar cómo la figura monstruosa ha representado la identidad alienada, fuera de control, intersticial e instintiva, pues su hibridez desenmascara el miedo a la mezcla entre blancos y negros, el terror de los cuerpos negros (masculinos) dominando a los blancos (Aizenberg, 1999).

En todas sus formas, el monstruo compite por la captación del gran público. Desde los *freak shows* hasta referentes como Michael Jackson o David Bowie, sin olvidar los planteamientos de George Romero, Moraña desentraña la manera en la que la teatralidad, la artificialidad y lo grotesco le han permitido empujar los límites de tolerancia y sugerir una vía alternativa a la racionalidad dominante.

Finalmente, el estudio se cierra con “Monstruos al margen”, capítulo en el que la autora reflexiona sobre la dimensión intersticial del monstruo, que le permite nombrar y exponer lo inimaginable. Lo monstruoso, en tanto ser de frontera, desvela los límites de lo establecido, la alteración de las coordenadas espacio-temporales, y las líneas de fuga del sistema imperante (Moraña, 2017). Situado entre lo humano y lo no humano, entre Naturaleza y Cultura, permite explicar y canalizar los miedos y ansiedades de las subjetividades colectivas. Así, este capítulo nos desvela la monstruosidad del autoritarismo y la explotación, y su relación con los imaginarios populares de la precariedad a la que esta violencia sistémica aboca. En un primer momento, la autora se centra en la hibridación y el sujeto popular en América Latina, citando como ejemplos a Eduardo Ladislao Holmberg, Adolfo Bioy Casares, Horacio Quiroga, Juana Manuela Gorriti, Atilio Chiáppori, Delmira Agustini, Miguel Ángel Asturias o Julio Cortázar, entre otros. Más tarde, recoge algunos monstruos de la gran pantalla como los de Guillermo del Toro o el cine gótico del horror. Le siguen determinados «zombies tropicales» que encarnan la dominación amo-esclavo, así como aquellos que representan la subyugación colonial, presentes en obras como *The Serpent and the Rainbow* (1986) o

en las creaciones de Ana Lydia Vega (1946). Para acabar, Moraña realiza una panorámica sobre las figuras del chupacabras, los *jarjachas*, los *pishtacos* y los sacaojos. En todos ellos, la cuestión del cuerpo individual esclavizado, sexualizado, violentado, subalternizado y sometido, desde la Colonia hasta la actualidad, constituye una constante. La corporeidad constituye un imperativo: primero, en tanto que se inscribe en todo un mapa de significaciones vinculadas al sometimiento, el trabajo, el sacrificio y la explotación; y segundo, por su alcance metafórico como cuerpo disminuido o excedido del Estado, como cuerpo que encarna a la multitud, como cuerpo enfermo o mutilado, y como cuerpo político, jurídico o del delito.

Así, *El monstruo como máquina de guerra* constituye un referente indispensable en el estudio de la monstruosidad, en todas sus formas y manifestaciones. A lo largo de la obra, conceptos como (post)colonialismo, (neo)barroco, modernidad, subalternidad, postmodernidad, nación, posthumanismo, heterogeneidad, inmunidad, hibridez, transculturación, posthumanismo y biopolítica reaparecen una y otra vez para crear todo un panorama de análisis sobre el proceso de monstrificación y sus implicaciones políticas, ideológicas, estéticas, sociales y filosóficas. De este modo, Mabel Moraña desentraña ese monstruo que, como una auténtica *máquina de guerra*, se enfrenta al poder, al Estado, a la racionalidad, y apunta *más allá*. El monstruo desvela horizontes alternativos sobre los que crear un nuevo paradigma, se cuela entre los recovecos del aparato estatal y, escapando de su violencia, se convierte en un espacio de pluralidad, de hibridez, de resistencia y de reformulación.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aizenberg, Edna (1999) "I Walked with a Zombie: The Pleasures and Perils of Postcolonial Hybridity». *World Literature Today*, 73 (3), pp.461-466.
- Grahams, Persephone (2015): *From Amazons to Zombies: Monsters in Latin America*. Londres: Bucknell University Press.
- Moraña, Mabel (2017): *El monstruo como máquina de guerra*. Madrid: Iberoamericana.

SOMOLINOS, Cristina (2022)

*Rojas las manos.  
Mujeres trabajadoras  
en la narrativa espa-  
ñola contemporánea.*

Granada: Comares.

Una reseña de:

AMÉLIE FLORENCHIE

Université de Bordeaux

aflorenchie@gmail.com

En *Rojas las manos* (Comares, 2022), Cristina Somolinos presenta una monografía extraída de su tesis de doctorado defendida en 2020 por la Universidad de Alcalá de Henares sobre la representación del trabajo femenino en la narrativa española de los siglos XX y XXI. Un primer elemento digno de señalar es la calidad redaccional de esta monografía cuya lectura se ve facilitada por un número muy reducido de notas a pie de página. Las pocas notas, 77 en un total de 277 páginas, son por lo tanto esenciales. Otro elemento esencial: por curioso que parezca, la monografía destaca también por su originalidad. La historia del trabajo femenino en España ha sido estudiada desde hace décadas, gracias a historiadoras pioneras como Mary Nash (1993); también la representación de las mujeres en la narrativa de autoría femenina, desde la aportación de historiadoras de la literatura tales como la recientemente fallecida Iris Zavala en su no tan breve *Breve historia de la literatura femenina (en lengua castellana)* publicada en Anthropos a lo largo de la década de los 90. Pero faltaba aún un recorrido por la representación literaria del trabajo femenino en novelas de autoría femenina, tema que sin embargo ha sido tratado ampliamente en otros soportes más actuales como las series de televisión por ejemplo (ver los trabajos de Galán y Lacalle en España entre otros). El trabajo es perfectamente equilibrado; consta de una excelente introducción que plantea el objetivo del trabajo, tejer el “hilo violeta” de la historia del trabajo femenino a través de la narrativa española contemporánea, entendida la literatura como representación historizada y cultural de la realidad. Fija asimismo el marco teórico: una definición del trabajo femenino que parte de la historiografía marxista y se nutre de la reflexión

económica feminista para llegar a la conclusión de que “todas las mujeres que no posean medios de subsistencia propios son trabajadoras en potencia y, por tanto, obreras en paro” (Uría et al, 7). Y un objetivo múltiple: dar cuenta de la diversidad del trabajo femenino, siendo el trabajo doméstico una de sus formas menos reconocidas hasta hoy; mostrar las discriminaciones sufridas por las mujeres trabajadoras en tanto que pertenecientes a una clase social, la obrera; mostrar cuales son las discriminaciones sufridas por las mujeres trabajadoras en tanto que mujeres; desvelar por fin sus posibles estrategias de resistencia frente a esta situación de explotación de sus cuerpos entendidos como fuerza de trabajo. Sin hablar de interseccionalidad, porque no entra aquí el parámetro de la “raza”, aparece claramente que la historia de la representación del trabajo femenino en la narrativa española combina una reflexión sobre la desigualdad de género con otra sobre la desigualdad social y revela su tremenda actualidad.

Las partes siguientes proponen un recorrido cronológico de la representación del trabajo femenino a través de cuatro momentos de la historia española reciente: los años treinta, años de la República pero también de una mayor industrialización de España; el franquismo; la transición española; la época actual. Cada parte se compone de una contextualización histórica muy precisa sobre la situación del trabajo femenino a nivel legislativo y en el debate público así como su representación en el discurso narrativo, lo cual refleja un profundo conocimiento de la producción narrativa por parte de la autora. Cada parte viene completada por el análisis historizado de dos o más novelas, poniendo el énfasis en la problemática laboral tratada en cada novela: la explotación de las obreras en los años treinta, en un momento en que el país acaba

su transición al capitalismo (las novelas escogidas son *Natacha* y *Tea rooms* de la recientemente recuperada Luisa Carnés); la opresión de las amas de casa (en *Funcionario público* y *Bibiana* de Dolores Medio) y la de las “mujeres de preso” (en *La madama* de Concha Alós) bajo el franquismo, época en que se les niega a las mujeres el derecho a trabajar, incompatible con el modelo del “ángel del hogar”, caricatura anacrónica del discurso de la domesticidad elaborado por la burguesía a la largo del s. XIX; las dificultades vinculadas a la “doble jornada” en *Crónica del desamor* de Rosa Montero o a la compaginación de la vida familiar con la militancia antifranquista en *La hora violeta* de Montserrat Roig o, también, la doble discriminación laboral de las mujeres migrantes, por ser mujeres y migrantes (en este caso, una española que trabaja en el Reino Unido) en *Camarera de cinco estrellas* de Teresa Pamiés son las problemáticas presentes en la narrativa femenina de la Transición, época en que las mujeres vuelven masivamente al mercado laboral. Por fin, tratándose de la época actual, marcada por una serie de crisis y por la desestructuración del trabajo, Cristina Somolinos destaca la discriminación de los trabajos de servicio a la persona en *Susana y los viejos* de Marta Sanz, la incompatibilidad del trabajo material con el trabajo afectivo en la era del posfordismo en *El padre de Blancanieves* de Belén Gopegui y la precariedad del trabajo intelectual desempeñado por mujeres en *La trabajadora* de Elvira Navarro. Como se ve, aunque no sea su principal objetivo, la autora rescata del olvido novelas de escritoras españolas a menudo olvidadas también: así, se aprecia el hecho de que la autora se haya decantado por novelas como *La madama* de Concha Alós o *Bibiana* de Dolores Medio, novelas de la época franquista en que la censura se abatía doblemente sobre las

escritoras escogidas: por ser potencialmente polémicas (escritoras como Alós o Medio procedían de familias republicanas) y por ser mujeres o sea, seres considerados como inferiores. Por lo tanto, lo que aporta Somolinos, es también otra perspectiva sobre la historia de la narrativa española contemporánea; es particularmente visible en el caso de la narrativa bajo el franquismo y la representación historiográfica del realismo social que descarta a las autoras porque desconoce el trabajo femenino y en particular todo lo que es trabajo informal, trabajo a domicilio, o incluso, trabajo doméstico. Las partes de contextualización histórica y literaria permiten pues articular la evolución del trabajo femenino con la de su representación tanto en el espacio social como en el campo literario.

La monografía logra finalmente tejer un doble hilo: ese hilo violeta de la representación del trabajo femenino a través de su articulación constante con la historiografía, con la literatura y, sobre todo con el discurso feminista (en la parte dedicada a los años treinta, el pensamiento de la filósofa marxista Alejandra Kollontai constituye un aporte fundamental para la reflexión; en la parte dedicada a la época actual, los vínculos establecidos entre la cuestión laboral y el ecofeminismo son muy interesantes), y un hilo rojo también ya que la autora nos habla también de mujeres trabajadoras siempre oprimidas pero siempre resistentes. Aunque no todas las novelas adoptan una perspectiva ideológica clara (como en el caso de *El padre de Blancanieves* o de *Tea Rooms* por ejemplo), todas las novelas denuncian la explotación del cuerpo femenino, siendo “rojas las manos” un lema común a todas las experiencias vitales contadas aquí (la expresión está sacada de *La madama* de Concha Alós). Cabe señalar por fin que el enfoque his-

torizado del análisis literario le permite a Somolinos identificar también una escritura femenina del trabajo de mujeres: una escritura realista que opta, en función del periodo, por la hibridez genérica, mezclándose positivamente con el periodismo, el ensayismo, o por la fragmentación, que sea esa textual (en el cuerpo del texto) o enunciativa. Es interesante subrayar como las novelas más recientes optan masivamente por esta fragmentación, como reflejo de la fragmentación del trabajo, del cuerpo social y del cuerpo de la mujer trabajadora asimismo (un rasgo característico de la estética de Sanz, más allá de la novela tratada aquí, no reeditada por su autora desgraciadamente).

Cabe señalar por fin la calidad de la bibliografía, muy completa y a la vez muy precisa. Cada libro, cada artículo, encuentra su sitio exacto en el desarrollo del trabajo. Es de notar la primacía de las fuentes de origen hispano sobre las de origen anglosajón, lo cual es de apreciar. Así también se valora el pensamiento feminista español y se devela toda una genealogía no solo de pensadoras sino también de novelistas feministas españolas.

El libro de Cristina Somolinos vale pues por su inmenso y necesario aporte sobre historia del trabajo femenino en España, historia del pensamiento feminista español e historia de la literatura de mujeres.

SEGARRA, Marta  
(2022).

## *Humanimales. Abrir las fronteras de lo humano*

Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Una reseña de:

BETLEM PALLARDÓ AZORÍN

Universitat de València

bepa4@alumni.uv.es

En los últimos años, asistimos a un creciente interés por lo que se ha llamado “la cuestión animal”. La reevaluación de lo que hasta ahora se consideraba específicamente humano, así como el desarrollo de la sensibilidad hacia lo no humano, ha comportado que la frontera entre lo humano y lo animal se desestabilice. Es en este cruce humanimal donde se sitúa el ensayo de Marta Segarra. Desde una óptica posantropocéntrica propia de las poshumanidades y con una voluntad divulgativa, la autora explora críticamente las principales líneas de investigación que se han ocupado del estudio de las relaciones entre seres humanos y otros animales.

En el primer capítulo, a modo de prólogo, se establece el marco teórico y conceptual del libro. La autora parte de la historia del término “humanimal” y plantea la necesidad de un enfoque interdisciplinar, que proporcionan los estudios animales (así como los estudios animales críticos), para atender a las dinámicas que se dan en la oposición humano-animal. Además, argumenta la pertinencia de una mirada interseccional: el especismo — la consideración de que existe una jerarquía de especies en cuya cúspide se sitúa el ser humano— se enlaza con otras formas de discriminación como el racismo o el sexismo. Así, Segarra subraya que los estudios de género y los poscoloniales y decoloniales presentan un paralelismo obvio con las propuestas de los estudios críticos animales, ya que tratan de transformar la noción de *sujeto* mediante el cuestionamiento de jerarquías naturalizadas.

El paso de un paradigma antropocéntrico a otro posantropocéntrico en el que se pone en tela de juicio la excepcionalidad humana para considerar que los animales no humanos son también sujetos causa un profundo impacto tanto en nuestra manera de pensar como en nuestra vida diaria. La

autora se propone explorar tal impacto a través de ocho capítulos dedicados a “aspecto[s] distinto[s] de la *humanimalidad* que caracteriza la existencia tanto de los animales humanos como de los no humanos, pues estamos todos inextricablemente ligados”: las fronteras de lo humano, los afectos que circulan entre especies, el sexo, el trabajo, el lenguaje y la comunicación, el hibridismo, la vulnerabilidad y la muerte. Para ello, Segarra pone en diálogo ensayos académicos relevantes con su propia experiencia y con productos culturales de diversa índole. Esta multiplicidad de ángulos desde los que pensar lo humanimal se pone de relieve en la propia forma de los capítulos, ya que cada uno de ellos se abre con un breve texto de carácter más bien literario, que se relaciona con el tema en cuestión y que plantea, según la propia autora, “experiencias vitales contadas —o no— en otros textos”.

El capítulo titulado “Las fronteras de la humanidad” ofrece una panorámica de lo que, a lo largo de la historia, los seres humanos hemos considerado que nos separa del animal. Según Segarra, en Occidente, la humanidad se ha definido por oposición a la animalidad. Así, se ha visto en el ser humano dos cualidades de las que carece el animal: el razonamiento, que se concreta en el lenguaje, y la voluntad de trascendencia. Sin embargo, la multiplicidad y diversidad tanto de animales como de seres humanos apuntan a que esta división, efectuada por lo que Agamben denomina “máquina antropológica” (2002: 67-76), es problemática, como han advertido numerosos pensadores a lo largo de la historia. Entre ellos, Segarra se detiene en Montaigne, quien impugna la oposición entre razón (humana) e instinto (animal) y con ello cuestiona las jerarquías implícitas de tal oposición. En cambio, los naturalistas

del Siglo de las Luces, como Linneo, trataron de justificar la superioridad humana en su taxonomía, en la cual también se categorizan con frecuencia distintos tipos de hombres según su color de piel. Por ello, Segarra afirma que el racismo tiene un claro componente de animalización.

En este capítulo, además, Segarra expone la complejidad de la cuestión de los derechos animales. Singer o Regan se enfrentan a la concepción cartesiana del animal como máquina; la sintiencia de los animales no humanos es la base para que estos filósofos defiendan la necesidad de otorgarles derechos. Sin embargo, el ser humano siempre es quien otorga derechos desde una posición superior, con lo cual la jerarquía antropocéntrica sigue operativa. Asimismo, la autora reflexiona sobre los conflictos que surgen al otorgar derechos distintos según la especie. Para cerrar el capítulo, Segarra repasa otros rasgos que se consideran exclusivos de los seres humanos (la tecnología, la cultura, el arte o la complejidad social), y remite a evidencia científica que desmiente tal exclusividad. Segarra introduce asimismo el concepto de Schiesari de “antropomorfismo reflexivo” (2012: 9), consciente de sus propias contradicciones, como la de que la interpretación de las conductas no humanas a partir de las humanas conlleva un acercamiento al otro no humano y, a la vez, un inevitable antropocentrismo jerárquico, ya que el valor de estas conductas se mide con respecto a estándares humanos.

En el tercer capítulo, que lleva como título “Una cuestión de afectos”, Segarra analiza cómo, con la revalorización de los afectos que tiene lugar en el giro afectivo, se vuelve la vista hacia los individuos considerados tradicionalmente más alejados del logos y atravesados por los afectos y emociones, como las mujeres, los individuos de culturas no

occidentales o los animales no humanos. Este capítulo gira alrededor de dos conceptos que, aplicados a los animales no humanos, contestan la tesis de la excepcionalidad humana: el juego y el parentesco. El primero es uno de los modos por excelencia de circulación de afectos entre individuos de distintas especies. Al ser el juego un modo de fingimiento, para jugar se necesita ser capaz de metacomunicar. Segarra se basa en las características del juego interespecie para refutar la tesis de Lacan, quien afirma que lo propio del ser humano es la capacidad de “fingir el fingimiento” (1966: 807).

En cuanto al parentesco, la autora expone distintos términos que se han utilizado para aludir a aquellos animales no humanos con los que convivimos, y que llegan a formar parte de nuestra familia. La relación entre este tipo de animales — se han llamado de distinto modo (mascotas, animales domésticos, animales de compañía...)— y los seres humanos ha suscitado críticas opuestas, como Segarra señala: por una parte, la relación con el animal no humano nos desvela la alteridad más radical de lo humano; por otra parte, la antropomorfización y la infantilización de estos animales es frecuente. Frente a esta coyuntura, Segarra se acoge a la tesis de Fudge (2002: 27-28) de que estos animales son animales y humanos a la vez.

El cuarto capítulo aborda el tema del sexo desde distintas perspectivas. En primer lugar, la autora se pregunta por la percepción humana de la sexualidad en los otros animales. La heterosexualidad con fines reproductivos se suele considerar como “natural” argumentando que así es la sexualidad animal. Sin embargo, Segarra afirma que esta es una visión sesgada, y que entre los animales encontramos todo tipo de conductas sexuales. Por otra parte, mientras que los animales con los

que convivimos son vistos como asexuales —lo cual, como señala acertadamente Segarra, es otra manera de infantilizarlos—, los primates no humanos encarnan una sexualidad bestial y viril. Tal sexualización desmesurada también afecta a las personas racializadas, que son animalizadas. La autora argumenta que, por este motivo, durante el auge colonialista europeo, las relaciones sexuales interraciales eran equivalentes a la zoofilia.

La cuestión de la zoofilia, tabú en nuestra sociedad, se trata en el capítulo sin prejuicios. Como Segarra explica, la zoofilia mayoritaria en Occidente surge de una concepción agresiva y viril de la sexualidad, relacionada con la caza. Además, la autora habla de una “desexualización inverosímil” de los animales, que efectivamente pueden sentir deseo sexual hacia los humanos. Ante la problemática ética que se deriva de la zoofilia, Segarra aboga por “otra zoofilia [que] no solo es posible sino incluso interesante” y que emerge del concepto de “conexión trans-especie” propuesto por Bourke (2019: 93-94). Esta conexión no pasa ni por el antropocentrismo ni por el falogocentrismo, sino que, siempre *queer*, surge del deseo (también sexual) que todo ser vivo tiene de dejarse afectar por los demás.

En el siguiente capítulo, titulado “Compañeros de trabajo”, Segarra se pregunta si es posible afirmar que los animales trabajan. Para ello, traza líneas de conexión entre tres modos de “trabajo” animal: los animales destinados al consumo humano, los animales en espectáculos y los animales en el contexto de la investigación científica. En cuanto al primero, Segarra revisa la evolución de estos animales en el sistema capitalista (de habitar en granjas familiares a ser considerados materia prima inerte) y rebate los argumen-

tos a favor de la cría de animales para la alimentación humana, esgrimidos, en algunos casos, desde una perspectiva animalista que considera que los animales destinados al consumo establecen lazos afectivos y trabajan colaborativamente con los seres humanos. Así pues, Segarra concluye que matar invalida tal supuesto lazo afectivo, y que solo desde una perspectiva antropocéntrica según la cual los animales son inferiores a los seres humanos se puede justificar su muerte.

En el caso de espectáculos, la autora argumenta su carácter especista exponiendo su vinculación con los *freak shows* o los zoos humanos del siglo XIX. Además, remite a numerosas críticas que subrayan el carácter asimétrico de la mirada en el zoo: el sujeto (humano) mira al objeto mirado (animal) desde una posición de superioridad. En cuanto a los animales destinados a laboratorio, de nuevo Segarra contesta a quienes, como Haraway, los consideran trabajadores, pues sostienen que son “agentes activos” que sufren por el bien común. Para Segarra, en realidad en esta invocación del bien común para legitimar la experimentación en animales trasluce la creencia de que no todas las vidas son vivibles. Por todo ello, a partir de estos tres aspectos del “trabajo” animal, Segarra sostiene que “salvo contadas excepciones, se podría concluir que el trabajo animal se asemeja más a la tortura [...] que al desarrollo de una actividad que produce, si no placer, por lo menos la satisfacción de quien se siente útil para la comunidad ampliada de seres animados”.

En el sexto capítulo, Segarra problematiza uno de los límites entre ser humano y animal apuntados en el segundo capítulo: el lenguaje. La autora, aplicando la misma metodología que sigue en otros capítulos, se detiene en las principales objeciones teóricas a la afirmación de que las especies no hu-

manas tienen lenguaje y presenta contraejemplos para rebatir cada una de ellas. Así, se ha demostrado que algunas especies se sirven de la función metalingüística; además, el lenguaje de algunas aves y cetáceos es plástico; e incluso se puede hablar de una sintaxis social en comunidades de primates. Sin embargo, la autora señala el antropocentrismo de comparar el lenguaje humano con la comunicación de los otros animales. De nuevo, juzgamos a los animales según parámetros humanos, sin tener en cuenta aquellos elementos comunicativos que escapan a la percepción humana, como sonidos que el oído humano no puede captar.

En la segunda parte del capítulo se ponen de relieve las contradicciones de los intentos de que animales, especialmente primates, aprendan el lenguaje humano. Para ello, Segarra remite a los casos de los chimpancés Cónsul, Peter, Washoe, Ai, Nim, y de la gorila Koko, y se interroga, como la etóloga Savage-Rimbaugh, si estos experimentos son éticamente aceptables. Así, cabría pensar la especificidad lingüística de los animales no desde parámetros humanos sino más bien con conceptos como el de “escritura” del pensamiento francés del siglo XX, es decir, aquel tipo de texto que lleva la lengua a su límite (grito, silencio, cuerpo). Como Segarra apunta, esta crisis del lenguaje tradicional, paralela a la crisis del sujeto, se refleja en textos literarios de Kafka o von Hofmannsthal.

En el capítulo titulado “Sueños de hibridez”, la autora explora el tema del hibridismo humano-animal. En sentido literal, se ha especulado sobre la posibilidad de hibridación entre grandes simios, lo cual es fuente de agrias controversias porque, argumenta Segarra, el hibridismo se concibe como algo monstruoso y amenazante en nuestro imaginario occidental. Sin embargo, existen otras culturas, como los pueblos indígenas de

América Central, en las que la separación entre ser humano y animal no es taxativa y, por ello, se caracterizan por una ontología animista que escapa a la excepcionalidad humana. Segarra subraya que también desde la cultura se puede imaginar la hibridación en términos positivos; muestra de ello son, entre otros, la *performance* *May the Horse Live in Me*, de Marion Laval-Jantet, o la canción *Perra* de Rigoberta Bandini.

Otro aspecto que Segarra explora es el hibridismo que surge de la afectación interespecie en encuentros entre seres humanos y animales. En este sentido, destacan los niños salvajes, también seres liminares entre la humanidad y la animalidad: películas como *El pequeño salvaje* o las novelas *El libro de la selva* imaginan a niños salvajes para reforzar la tesis de la excepcionalidad humana. Pero la autora dedica asimismo espacio a tres encuentros humanimales que escapan a la excepcionalidad, a saber: el relato “Ser presa”, que Val Plumwood escribió tras el ataque de un cocodrilo; el documental *Grizzly Man*, en que se narra la trágica muerte de Timothy Treadwell, devorado por un oso pardo; y el ensayo *Croire aux fauves*, de Nastassja Martin, que sufrió el ataque de un oso pardo en las montañas de Kamchatka.

El octavo capítulo se titula “Una vulnerabilidad compartida”. En él, Segarra examina cómo el cuerpo y su vulnerabilidad afecta tanto los animales como a seres humanos. En la primera parte del capítulo, la autora explica cómo se ha pensado, desde la filosofía o la biología, la relación de cada especie con su entorno. Así, Uexküll define el concepto de “Umwelt” o mundo subjetivo de cada especie, tamizado por su sensorialidad. También el filósofo Thomas Nagel, en su ensayo “¿Cómo es ser un murciélago?”, concluye que nos

es imposible conocer el mundo de los murciélagos. Pero Segarra también señala que esta tesis es contestada por autoras como Despret, quien argumenta que, si bien existen múltiples mundos, las fronteras entre ellos son porosas, por lo que es posible un acercamiento o “traducción” entre mundos. También la literatura ha planteado que hay zonas de conexión entre los mundos; entre los personajes literarios que se acercan a los mundos animales a través de la empatía, Segarra destaca Elizabeth Costello, personaje de Coetzee, y Janina Duszejko, protagonista de la novela *Sobre los huesos de los muertos* de Tokarczuk.

La segunda parte del capítulo se centra en la vulnerabilidad del cuerpo, sobre todo en lo referente a las enfermedades provocadas por patógenos zoonóticos, esto es, de origen animal o que afectan a otras especies. Para luchar contra el crecimiento de la zoonosis, nace el proyecto de “una sola salud”, que propugna una colaboración entre organismos médicos, veterinarios y ecológicos. Sin embargo, la autora señala que esta colaboración no es tal, ya que en la práctica la perspectiva medioambiental no está representada y la investigación veterinaria se limita sobre todo a animales domésticos y destinados a la alimentación humana. Otra cuestión relevante es la noción de inmunidad que fundamenta la concepción occidental de la salud. Las políticas de prevención inmunitaria tienen consecuencias negativas no solo en las comunidades humanas —Segarra lo ilustra con las manifestaciones racistas y el desamparo de personas en busca de asilo que tuvo lugar durante la pandemia del COVID19— sino también en animales sanos, sacrificados en masa como medida de precaución ante epidemias zoonóticas.

El octavo capítulo, Segarra trata el controver-

tido tema de los animales destinados a la alimentación. Se pregunta, en primer lugar, a qué se debe el consumo de carne, y remite para ello a autoras como Florence Burgat o Carol Adams. La primera afirma que el consumo de animales responde a la necesidad humana de reafirmar su excepcionalidad; para la segunda, el consumo de carne tiene que ver con una virilidad violenta y dominante. En la misma línea, Derrida subraya del carácter viril del carnivorismo con el concepto de “carno-falogocentrismo”. Sin embargo, este autor está a favor del consumo de carne —como también lo está Haraway—. Segarra, además, expone los argumentos más comunes que tratan de desacreditar el veganismo y pone de relieve el hecho de que muchos de ellos son falaces y reversibles.

Por otra parte, Segarra analiza la evolución de la matanza de animales a lo largo de la historia. La crianza tradicional en granjas se ha visto sustituida por la ganadería industrial, en la que la muerte está automatizada y, así, banalizada. Por ello, como sostiene la autora, la consideración hacia los animales en nuestra sociedad es doble: los animales con los que compartimos lazos afectivos son “sujetivizados” (los convertimos en sujetos), y los destinados al consumo industrial son “objetivados” (los convertimos en materia prima, por lo tanto, son desindividualizados en una masa amorfa). Segarra, además, analiza el papel simbólico de la sangre o el agua en los mataderos, espacio de sacrificio animal por excelencia, y lo ejemplifica con el documental *Le sang des bêtes*, de Georges Franju, y la película *Gorge cœur ventre* de Maud Alpi.

Otro eje de reflexión en el capítulo es la comparación, tan frecuente como polémica, entre la cría y sacrificio de animales en la ganadería industrial y la Shoah. Como la autora advierte, la comparación es profundamente ofensiva para aquellas personas

que creen en el excepcionalismo humano. Asimismo, hay voces críticas, como Haraway, contrarias a esta analogía, que opinan que tales formas de violencia merecen ser tratadas de manera distinta. Sin embargo, Segarra explica que las conexiones históricas entre los mataderos automatizados de Chicago y el exterminio nazi ha sido puesta de relieve por pensadores como Wolfe, Porcher o Primo Levi. Segarra cita también a Isaac Bashevis Singer, cuya experiencia vital es próxima a la Shoah. Según este autor, “En lo que concierne a las criaturas no humanas, todos los humanos son nazis; para ellas, la vida es un eterno Treblinka” (Singer, 2018: s. p.).

El volumen se cierra con un epílogo en el que la autora apunta a la necesidad de articular un sujeto poshumano para (re)pensar la relación del ser humano con el resto de animales. De la misma manera que la etiqueta “hombre” queda obsoleta para designar al sujeto humano que hemos de construir, tampoco “animal” es una etiqueta válida para parte de la crítica; por ello, se ha propuesto la etiqueta “posanimal”. Todo ello, como la autora indica, apunta a zonas de encuentros humanimales donde, más allá de la especie, los sujetos se liberan de las estructuras de dominación. Pese a ello, Segarra advierte que escapar al binarismo humano-animal y a la excepcionalidad humana no implica borrar las especificidades de cada especie: cabe pensar desde la diferencia, que siempre es plural. Llevado al terreno de la ética, se hace necesaria una superación de la ética fundamentada en la semejanza para pasar a una ética basada en la diferencia, una ética del cuidado que atienda a la relacionalidad y a la responsividad (base de la responsabilidad) y consciente de la vulnerabilidad compartida. Segarra señala, finalmente, la importancia de las producciones artísticas a la hora de pensar la relación humanimal desde el compartir mundo.

En conclusión, *Humanimales* es un libro de plena actualidad, que no duda en tratar cuestiones tabuizadas o polémicas en nuestra sociedad. Es destacable la explícita interseccionalidad del texto, que vincula problemáticas animales con otras formas de opresión como el machismo o el racismo. Segarra, lejos de ofrecer una visión única o maniqueísta, se detiene en múltiples voces críticas que ponen de relieve la complejidad y, en ocasiones, contradicciones inherentes de las dinámicas de encuentros humanimales. Pese al complejo panorama crítico que ofrece el texto, entrelazado con referencias a productos culturales y con la voz de la propia autora, la lectura es ágil y ligera, gracias a su lenguaje accesible, a los numerosos ejemplos, a la organización temática de los capítulos y a los subepígrafes que articulan los capítulos. A este respecto, es relevante que la sección de notas y citas aparezca al final del libro, así como la relación de referencias bibliográficas. Por todo ello, podemos concluir que este no es un ensayo que pretenda exhaustividad, sino que se propone ofrecer las pinceladas necesarias para introducirse en el mundo de los estudios críticos animales. *Humanimales* supone, en definitiva, una aportación de incontestable relevancia en tanto que propone una mirada, necesaria en el panorama académico actual, sensible a la existencia entrelazada de animales humanos y no humanos.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio (2002). *L'aperto: L'uomo e l'animale*. Turín: Bollati Boringheri.
- Bourke, Joanna. "Bestiality, Zoophilia and Human-Animal Sexual Interactions". *Paragraph* 42/1 (2019): 91-115.
- Fudge, Erica (2002). *Animal*. Londres: Reaktion Books.
- Lacan, Jacques (1966). *Écrits*. París: Seuil.
- Schiesari, Juliana (2012). *Polymorphous Domesticities. Pets, Bodies, and Desire in Four Modern Writers*. Berkeley, Los Ángeles y Londres: University of California Press.
- Singer, Isaac Bashevis (2018). "El escritor de cartas". *Cuentos*. Barcelona: Lumen.